



**SOLEDAD Y ENSUEÑO DE ROBINSÓN CRUSOE**

**Ignacio del Moral**



**Fragmento**

---

La nueva versión de *Soledad y ensueño de Robinsón Crusoe*,  
de Ignacio del Moral, se estrenó en el Teatro Ensayo 100 de  
Madrid  
el 22 de febrero de 1999, dentro del Festival “La Alternativa”,  
en la sección oficial.

Intérpretes: Compañía Ensayo 100  
Isaac Martín .....Robinsón  
Miguel Escutia .....Viernes  
Javier Azuara.....Padre, Marinero  
Pilu Brea .....Madre, Marinero

Dirección: Juan Manuel Joya.  
Música original y espacio sonoro: Óscar Villegas.  
Diseño de luz: Carlos Lorenzo Bahía.

---

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

*(Al alzarse el telón, estamos ante la isla de ROBINSON CRUSOE. En medio se yergue una palmera solitaria, y alrededor piedras, etc. Se oyen los gritos de los pájaros tropicales. Es lo que oímos en las películas de selva.*

*Entra ROBINSON. Va vestido con un extraño atavío de pieles, con el que trata de conservar cierta elegancia: su gorrito, su sombrilla... viene hablando solo. Se detiene y examina su báculo.)*

ROBINSON.— Vamos a ver... así que son tres mil setecientas cincuenta rayitas pequeñas... o sea quinientas veinte medianas... o sea ciento veinte de las más grandes y, por lo tanto, diez de las gordas... no cabe duda, hoy es el día. *(Se quita el gorro y canta.)*

*Happy birthday to me  
happy birthday to me  
happy birthday dear Robin  
happy birthday to me...*

*(Aplauda, saluda, y en seguida su aplauso es coreado por una cacofonía de pájaros selváticos.)* Gracias, gracias... Queridos amigos: al cumplirse hoy el décimo aniversario de mi llegada a esta generosa tierra, no quiero dejar pasar la ocasión sin agradecer vuestro continuo apoyo y simpatía.

Un PAPAGAYO.— ¡¡Viva Robinson!! ¡¡Viva Robinson!!

ROBINSON.— Gracias... Estos diez años me han servido...

PAPAGAYO.— ¡¡Viva Robinson!! ¡¡Viva Robinson!!

ROBINSON.— Muchas gracias... ¿por dónde iba? Er... sí. Estos diez

---

años me han servido para comprender que la voluntad del hombre...

PAPAGAYO.– ¡¡Viva Robinsón!! ¡¡Viva Robinsón!!

ROBINSÓN.– ¡¡Ya está bien!! ¡¿Quieres callarte, infernal pajarraco?! Estos diez años, decía...

PAPAGAYO.– ¡¡Viva Robinsón!! ¡¡Viva Robinsón!! (*Harto, coge su trabuco y dispara hacia el lugar de donde sale la voz.*) Huye, huye, que la próxima vez no fallaré... (*Se concentra y retoma el hilo de su discurso.*) Estos diez años, decía, me han servido para comprender que la soledad es el estado ideal en que el hombre puede desarrollar las potencialidades del intelecto... No ocultaré tampoco mi orgullo por haber podido contribuir, en la modesta medida de mis esfuerzos, a la expansión del Imperio Británico. (*Saluda militarmente mientras canturrea God Save the Queen.*) Majestad... tengo el honor de ofreceros para gloria vuestra y de nuestra amada Inglaterra esta porción de territorio en medio de los océanos que ahora tengo el orgullo de poner bajo vuestra soberanía. ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra! (*Dispara con el trabuco al aire. Callan los pájaros, asustados por la detonación. Silencio* ROBINSÓN *parece despertar de un sueño. Solloza.*) ¡Diez años! ¡Diez malditos años! (*Al cielo.*) ¿Por qué? Maldita sea mi estampa... ¡Quiero irme de aquí!... ¡Quiero volver a casa! ¡Quiero salir de aquí!...

PAPAGAYO.– ¡¡Viva Robinsón!! ¡¡Viva Robinsón!!

ROBINSÓN.– (*Reacciona.*) Paciencia, Robinsón... ¿Te apetece una taza de té? (*Saca de su bolsa una taza, una cantimplora, pedernal. Enciende un fueguito y pone agua a calentar. Luego añade mientras habla un puñadito de hierbas.*) Fabricación casera... té de cosecha propia. Ah, caballeros... ¿qué sería de un inglés sin su té? Hierba milagrosa... sensual y reconfortante... (*Dando vueltas.*), aromática y tonificante... El té está en la base misma del modo de ser anglosajón... se me hace difícil pensar que el inmoral Shakespeare no conociese el té... Caballeros... loor y gloria al té. (*Da una patada a la taza que ha estado preparando.*) ¡Y no a esta hierba asquerosa que sabe a purgante! ¿Estreñimiento? Pruebe la asquerosa hierba Robinsoniana... ¡Maldita sea mil veces...! Paciencia Robinsón... al fin y al cabo es de efecto relajante y diurético... (*Vuelve a*

---

*iniciar los preparativos.) Un poco de lectura edificante servirá para tranquilizarte y alejar los negros pensamientos... (Saca de su macuto una enorme Biblia.) ¡El libro de los libros! ¡La palabra de Dios! (Cierra los ojos y abre al azar.) "Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo esparció su fragancia". ¡Cielos! "Manojito de mirra es para mí el amado mío... Entre mis pechos quedará". ¿Será posible? (Se remueve inquieto.) A ver ese té... (Con cuidado para no quemarse, lo coge. Remueve con un palito. Se oyen los pájaros.) Diez años... diez años desde que las olas misericordiosas me arrojaron a estas playas... diez años sin más compañía que la de pájaros, monos y fieras. Diez años y cuarenta días desde que me despedí de los míos, allá en Plymouth... (Se pone de pie en tono decididamente narrativo.) Fue un quince de agosto.... el, por entonces, joven e inexperto Robinsón partía, lleno de ilusión y de esperanza...*

## Escena II

*(Se oyen sonidos de puerto: anacrónicas sirenas, gaviotas... Aparecen el PADRE y la MADRE de ROBINSÓN. ROBINSÓN se acerca a ellos.)*

MADRE.— Adiós, hijo... ten cuidado... Brasil queda tan lejos...

ROBINSÓN.— Adiós, madre... volveré pronto, te lo prometo.

MADRE.— ¡Hijo, hijo! ¡Mi Robinsón! ¡Mi pequeño Robin!... Si no es más que un niño...

PADRE.— Ha de hacerse digno del nombre que lleva. ¡Ha de hacer célebre el nombre de los Crusoe! Por cierto, hijo... Hay ciertas cosas... (A la MADRE.) ¿Nos permites un momento, querida? (La MADRE se retira discretamente.) En fin, hay ciertas cosas que un hombre que va a hacerse a la mar no debe ignorar...

ROBINSÓN.— Te escucho, padre...

PADRE.— Debes saber que en los lejanos puertos americanos encontrarás cosas que nunca has visto... para empezar,

---

aquello está lleno de... negros.

ROBINSÓN.– ¿Negros?

PADRE.– Sí... negros... hombres negros... mujeres negras... niños negros...

ROBINSÓN.– ¿Niños también?

PADRE.– Sí... al parecer, es de nacimiento... ten cuidado. La mayoría de ellos se pasean sin domesticar... sólo algunos de ellos han sido sometidos al dominio de nuestra raza. Casi todos son ateos... y van desnudos.

ROBINSÓN.– ¿Desnudos? ¿Quieres decir... desnudos?

PADRE.– Desnudos, sí. Como Dios les trajo al mundo... si es que fue Dios. Así pues, piensa lo que este viaje puede significar para ti.

ROBINSÓN.– Sí, ya empiezo a imaginármelo... Gracias, padre.

PADRE.– Y eso no es todo... están también las mujeres...

ROBINSÓN.– ¿Las mujeres? (*Aparte.*) ¡Las mujeres!

PADRE.– Eres joven, y estás sujeto a los vaivenes de la carne... la sensualidad... la concupiscencia.

ROBINSÓN.– ¿Yo? ¡Qué va! (*Aparte.*) ¡Qué va!

PADRE.– Me enorgullece oírte, hijo... pero pecas de soberbia. Hombre naciste, y no puedes sustraerte a tu condición.

ROBINSÓN.– Pero si yo nunca... (*Aparte.*) ¡Y sigo!

PADRE.– Por eso precisamente, hijo... Aquellas tierras son famosas por ser capaces de despertar los más escondidos apetitos... su clima, su colorido, sus mujeres... (*Soñador.*), sus mujeres... esas mulatas que se pasean con los pechos desnudos... contoneándose con una cesta de frutas en la cabeza... con sus caderas anchas, sus carnes prietas, su piel de color canela... ¡Hijo!

ROBINSÓN.– (*Sobresaltado.*) ¿Qué, padre?

PADRE.– ¡Ten cuidado! No me defraudes.

ROBINSÓN.– No, padre. (*Aparte.*) Nunca supe qué es lo que quiso decirme exactamente.

PADRE.– Sobre todo, no me traigas una enfermedad a casa. Y recuerda que te llevas todo nuestro capital y nuestra esperanza.

ROBINSÓN.– No te preocupes, padre... lo tengo bien seguro. Mamá me lo cosió aquí, en el fondillo de los pantalones...

---

PADRE.— Bien... despídete ahora de tu madre... (*A la MADRE.*)  
Querida... (*Se acerca a la MADRE.*)  
MADRE.— Hijo...  
ROBINSÓN.— Madre...  
MADRE.— Toma, hijo... nuestra Biblia familiar. Que sus enseñanzas te acompañen. Mira, aquí van anotados los nombres y fechas de nacimiento de todos nuestros parientes... ellos te bendecirán desde el cielo. Adiós, hijo. Acuérdate siempre de tu madre... (*Llora.*) Hijo... puede que no volvamos a vernos... no sé por qué digo esto... es un presentimiento.  
ROBINSÓN.— Vamos, madre... volveré con una gran fortuna y seremos felices... ya lo verás. (*Se abrazan, se oye la sirena del barco.*)  
PADRE Y MADRE.— ¡Se va el barco!  
ROBINSÓN.— ¡Adiós! ¡Adiós!  
PADRE Y MADRE.— ¡Adiós, adiós!

### ESCENA III

ROBINSÓN.— Y así me hice a la mar. La travesía transcurría con placidez, sólo atormentada por el recuerdo de mis familiares y mis amigos, que dejaba atrás. Combatía mi nostalgia con la lectura de la Biblia familiar y con fantásticos planes para el futuro. Soñaba con la fortuna que alcanzaría con el negocio de los cacahuets. El plan era bien sencillo: se trataba de adquirir una partida de cacahuets a bajo precio y llevarlos a Londres, donde se venderían empaquetados en el zoológico... Pero vivía preso de inquietud ante el temor de que alguien me arrebatase el caudal familiar, que me había sido confiado. (*Se palpa la entrepierna.*) Por eso evitaba el contacto con los demás pasajeros y no me gustaba intervenir en la vida de a bordo.

(*Aparecen dos marineros. Ambos van trasegando de una botella. Se acodan junto a ROBINSÓN en la imaginaria barandilla. ROBINSÓN, cauto, se lleva la mano al fondillo,*

---

*apretando fuerte el caudal familiar... Tan fuerte que termina por hacerse daño.)*

MARINERO I.– MacFarlan, no te pases. Trae la botella.

MARINERO II.– "Pera", "pera", "pera..." A lo mejor el señor quiere beber... (A ROBINSÓN.) ¿Un chupito?

ROBINSÓN.– No gracias, caballeros. (*Sigue leyendo.*)

MARINERO I.– ¿No ves que el señor es un intelectual? (A ROBINSÓN.) ¿Vale preguntar?

ROBINSÓN.– Pregunte usted, buen hombre.

MARINERO I.– Por un casual... ¿es usted predicador?

ROBINSÓN.– ¿Predicador...? Ah... Lo dice usted por la Biblia...

MARINERO II.– Más o menos... como siempre va usted tan serio... y nunca se habla con nadie...

MARINERO I.– A nosotros es que lo litúrgico nos va mucho, ¿sabe usted?

ROBINSÓN.– ¿Ah, sí?

MARINERO II.– Claro... por eso bebemos vino, por aquello de que es la sangre de Cristo... (*Ríen los dos.*)

ROBINSÓN.– Caballeros, por favor...

MARINERO I.– No se enfade, reverendo... (*Le quita la Biblia a ROBINSÓN.*) A ver qué pone...

MARINERO II.– A ver, que tú no sabes... (*Se la quita.*)

ROBINSÓN.– Caballeros, por favor...

MARINERO I.– (*Le da la botella.*) Toma y calla, Reverendo...

MARINERO II.– (*Lee.*) "Mas el Señor envió un viento recio sobre el mar, con lo que se movió en él una gran borrasca. De suerte que se hallaba la nave a riesgo de estrellarse".

ROBINSÓN.– Jonás. Una historia muy interesante...

MARINERO II.– A ver, que me pierdo... "En seguida cogieron a Jonás y le echaron al mar, y al punto cesó el furor de las olas".

ROBINSÓN.– Ya ven ustedes, caballeros... y ahora si hacen el favor... (*Coge su Biblia.*)

MARINERO I.– Me ha conmocionado, Reverendo...

MARINERO II.– A mí me ha impresionado...

MARINERO I.– Bueno, Reverendo, pues muy agradecidos, eh... (*Salen.*)



---

(Fragor de truenos, relámpagos. Todo se tambalea.)

ROBINSÓN.- ¡Dios mío! ¡Dios mío, por favor...! ¡Ayúdame...!

MARINERO I.- ¡MacFarlan! ¿Qué has puesto hoy en la botella, que no me tengo?

MARINERO II.- No lo sé... pero pega ¿eh?

MARINERO I.- ¡Diablos, que si pega! (Se tropiezan con ROBINSÓN.)  
¡Hombre, Reverendo! (Vaivén.) Pero ¿dónde va? ¿Usted también viene cargado?

ROBINSÓN.- (Con voz desfalleciente.) Vaya temporal, ¿eh caballeros? (Cada vez más mareado, vomita por la borda.)

MARINERO I.- Pues va bueno también el Reverendo, ¿Eh, MacFarlan?

MARINERO II.- Pero, hombre, Reverendo, ¿no le da vergüenza ir así? (Ríen. Una ola atrevida empapa a los tres.)

MARINERO I.- ¿Parece que hay vientecillo, eh?

ROBINSÓN.- Ustedes perdonen... es la primera vez que me sorprende un temporal en alta mar.

MARINERO II.- ¿Un temporal?

MARINERO I.- ¿Pero es que hay temporal? (Ola.)

MARINERO II.- ¡O'Connor! ¡Es un temporal!

MARINERO I.- ¡Que el cielo nos proteja! (Bandazo del barco.) Ya decía yo que no podía ser tan fuerte la bebida, por mucho whisky escocés que fuese...

MARINERO II.- ¡Dios nos ampare! (Ola.) ¡Qué tempestad!

MARINERO I.- ¡Virgen del Carmen! (Canta.) Señor, ten piedad...

ROBINSÓN.- Calma señores, calma... el cielo se apiadará de tan buenos cristianos. (Los MARINEROS rezan.)

MARINERO II.- ¡O'Connor! ¡Tú, que eres católico, reza el rosario!

MARINERO I.- ¡Ah, hereje! Ahora con éstas, ¿eh?

ROBINSÓN.- Calma, señores, calma... se trata de un fenómeno natural... hay que mantener la calma y confiar en Dios... (Mientras habla, los MARINEROS le miran con creciente desconfianza.)

MARINERO I.- ¡MacFarlan! ¡Míralo! ¡Él tiene la culpa!

MARINERO II.- ¡Es cierto! ¡Es un tipo raro, lo dije desde le primer día! Se lo dije al capitán: ese tío es gafe...

ROBINSÓN.- Pero, señores... ¿qué dicen? Señores, por favor...

---

MARINERO II.— ¡O'Connor!, tenemos que tirarlo por la borda... ¡y el Señor se apiadará!

MARINERO I.— ¡Eso! ¡Sigamos los consejos de la Biblia!

ROBINSÓN.— Pero, señores... ¡Socorro! (*Le persiguen. Lo atrapan.*)

MARINEROS: (*Que lo tienen cogido por los pies y las manos.*) ¡A una, a dos y a tres! (*Lo elevan y lo depositan en el suelo. Luego, asomados por la borda, se despiden de él y se alejan.*)

MARINERO I.— ¡Mira, MacFarlan! ¡Cómo nada!

MARINERO II.— ¡El Señor se apiade de él!

MARINERO I.— ¡Amén! ¡Adiós, Reverendo! ¡Buena suerte! ¡Tome, para que se consuele...! (*Y le arrojan la Biblia.*)

MARINERO II.— ¡Adiós! (*Se alejan.*)

#### ESCENA IV

(ROBINSÓN queda solo, debatiéndose entre las olas. Se aferra a la Biblia, como a un madero de salvación. Su narración se hace entrecortada.)

ROBINSÓN.— Y así... me vi abandonado a merced de las aguas... zarandeado por las olas... y así permanecí durante dos largos y angustiosos días... hasta que al fin, el buen Dios se apiadó de mí, y fui arrojado a estas playas. (ROBINSÓN rueda por la arena. Queda inmóvil. Levanta la cabeza.) No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. (*Vuelve a quedar inmóvil sobre la arena. Se oyen los pájaros, etc.*) Al fin desperté. (*Se levanta. Se quita la ropa.*) Puse mis ropas a secar. Agradecí a la providencia su bondad (*Se arrodilla.*) Junto a mí estaba la vieja Biblia familiar, que no había soltado mientras permanecí en el agua. Vaya, está empapada. (*Con cuidado la extiende y la pone a secar.*) Lo primero que procede hacer es un reconocimiento exhaustivo de la zona. (*Con paso cauteloso comienza su recorrido.*) Atento, Robinsón... puede haber fieras salvajes... (*Se oye un rugido.*) Aquel rugido me heló la sangre

---

en las venas. ¡Good heavens! ¡Solo, desnudo y a merced de las fieras! ¡He aquí una situación comprometida! (*Corre a esconderse detrás de la palmera.*) ¡Que el cielo me ayude! (*Vuelve a oírse el rugido. Por detrás de ROBINSÓN aparece un gran tigre o león o fiera similar. Se acerca a robinsón y lo olisquea. Al principio, nuestro héroe no se percata. Al fin, se da la vuelta y lo ve. Grita. Emprende veloz carrera por el escenario, seguido por la fiera. Al fin se le encara.*) ¡Alto, bestia salvaje! (*Comienza entonces una danza-combate entre el hombre y la fiera, que terminará cuando ROBINSÓN golpea la cabeza de la fiera con la gruesa Biblia.*) ¡Victoria, Victoria! ¡La bestia ha muerto! Agradecí a la Providencia nuevamente su amoroso cuidado. Con la piel de la fiera, me confeccioné un atuendo que me pareció adecuado a mi nueva situación. (*Abre la cremallera del tigre y salen de su interior desnudos los que le han dado vida en la escena anterior, tapándose púdicamente las vergüenzas. ROBINSÓN manipula con la piel y saca el traje con que le vimos al principio de la obra.*) ¿Eh? ¿Qué tal? En posteriores expediciones fui completando mi atuendo, y me hice con un rudimentario armamento... con un palo y mucha paciencia, me hice una lanza; una palmera me sirvió de sombrilla (*Muestra sus adquisiciones.*) Me inicié en la alfarería, y pronto pude fabricar toscos cacharros... (*Muestra el trabuco.*) ¿Esto? Ah, señores, esto sí que fue un golpe de suerte... Una mañana, mientras hacía mi recorrido habitual por la isla... (*Da un paseíto con su sombrilla y su bastón. De pronto se detiene y mira a lo lejos.*) ¿Eh? ¿Qué es aquello? ¡Un barco! ¡Eh! (*Hace aspavientos.*) ¡Aquí! No se mueve... ¡Está encallado! ¡Tal vez haya supervivientes! (*Desaparece por un lateral. Reaparece.*) El barco estaba desierto. ¡Dios se apiade de sus desdichados tripulantes! No obstante aquel barco fue una bendición para mí, pues de entre sus restos pude rescatar numerosos objetos que me fueron de gran utilidad... (*Desaparece nuevamente y reaparece arrastrando un baúl.*) ¡Dios sea loado! (*Abre el baúl. Mete el trabuco y lo vuelve a sacar, o bien lo ha metido cuando estaba entre cajas y lo saca ahora.*) ¡Sí! ¡Está entero! y ¡pólvora!, ¡municiones! ¡Alabado sea Dios! (*Apunta y dispara. Cae un ave muerta.*) ¡Por fin! Gracias a aquello pude cazar y

---

conseguir así mi ración de proteínas. Encontré también en el baúl aguja e hilo, cuerdas, un par de botellas de ron, herramientas... Con todo ello, mi vida en la isla se fue haciendo más fácil y cómoda. Pasaron los días y los meses... vino la época de las lluvias y luego nuevamente la estación cálida. Cada día hacía una señal en mi bastón. Pronto estuvo todo él lleno de marcas. Todos los días, destinaba un rato a escrutar el horizonte, con la esperanza cada día más débil, de que algún barco tuviese a bien pasar por allí... siempre en vano... La soledad... ¿saben señores? La soledad es ruido... en serio, la soledad consiste en que los ruidos de alrededor le enloquecen a uno... el mar, los pájaros (*Se van oyendo esos ruidos más y más fuerte según ROBINSÓN habla.*), la propia respiración, el ruido, cada vez más y mas fuerte... (*Cuando el ruido ya no nos deja oír la voz de ROBINSÓN, este dispara al aire. Silencio. Luego cae un ave muerta.*) Lo peor era no poder escuchar el sonido de la voz humana. Por ello, adquirí la costumbre de hablar solo... *Un día maravilloso, ¿no es cierto? En efecto... aunque parece que se acercan nubes... Sí, es lo malo de esta época del año; el tiempo cambia con mucha rapidez. ¿Ha visto los resultados del Derby? Indignante ¿no le parece? Bueno, nunca creí que "Plinton" pudiese hacer más. En efecto, pero perder por dos cuerpos frente a "Maryflower", eso ya es otro cantar...* Llegué a ser bastante amigo de mí mismo. Sostenía amenas y profundas conversaciones... Llevaba ya cinco años en la isla, cuando empezaron las pesadillas...